

XXI

Para el quince de diciembre

Fritz no opuso ninguna dificultad á Gilberto en dejarle penetrar hasta donde estaba Bálamo.

El conde se hallaba descansando en un sofá, como la gente rica y ociosa, de la fatiga de haber dormido toda la noche; á lo menos, este fué el juicio que formó Gilberto al verlo tendido de aquel modo á semejante hora.

Debemos creer que el ayuda de cámara había recibido orden de introducir á Gilberto así que se presentase, pues no necesitó decir su nombre ni siquiera desplegar sus labios.

Al entrar en el salón, Bálamo se incorporó ligeramente apoyándose en el codo, y cerró un libro que tenía en la mano sin leerlo.

— ¡ Oh ! oh ! dijo. Aquí tenemos á un joven que se casa. Está bien, prosiguió el conde volviendo á tomar su postura indolente; eres dichoso, y por eso estás casi agradecido. Está muy bien; pero vienes á darme las gracias, y eso es superfluo. Deja eso, Gilberto, para cuando vuelvas á necesitarlo. Las gracias son una moneda de cambio que contenta á muchos cuando se distribuye con una sonrisa. Véte, amigo, véte.

Había en aquellas palabras y en el tono con que Bálamo las pronunció una cosa tan profundamente

lúgubre y almibarada, que fué para Gilberto como una censura y una revelación.

— No, dijo, os equivocáis, caballero; pues no hay tal casamiento.

— ¡ Oh ! exclamó el conde. Pues entonces, ¿ qué es lo que haces ?... ¿ qué ha sucedido ?

— Que me han desahuciado, respondió Gilberto.

El conde se volvió del todo.

— Te has arreglado mal, querido

— No, caballero; á lo menos así lo creo.

— ¿ Quién te ha desahuciado ?

— La señorita.

— Eso era infalible. ¿ Y por qué no te dirigiste á su padre ?

— Porque no lo ha querido la fatalidad.

— ¡ Ah ! ¿ conque somos fatalistas !

— No tengo el medio de tener fe.

Bálamo frunció el entrecejo, y miró á Gilberto con una especie de curiosidad.

— No hables así de lo que no conoces, dijo; pues en un hombre formado es una necedad, y en un muchacho es una jactancia. Permito que tengas orgullo, pero no el que seas un imbécil: dime que no tienes el medio de ser un tonto, y te lo aprobaré. En resumen, ¿ qué has hecho ?

— Heo aquí: He querido, como los poetas, extasiarme en vez de obrar; he querido ir á pasearme por las calles de árboles en que me había complacido en soñar amores, y de súbito se me presentó la realidad sin que yo estuviese preparado, y me dejó muerto en el mismo sitio.

— También eso te está bien empleado, Gilberto; porque un hombre que se encuentra en la situación en que tú te hallas, se parece á los exploradores de un ejército, los cuales no deben marchar sino con el mos-

quiete en la mano derecha y la linterna sorda en la izquierda.

— En fin, caballero, he fracasado; la señorita Andrea me ha llamado malvado y asesino, y me ha dicho que haría que me matasen.

— Bueno; ¿pero su hijo?

— Me ha dicho que era suyo y no mío.

— ¿Y qué más?

— Nada más, pues al oír eso me he retirado.

— ¡Ah!.....

Gilberto levantó la cabeza y dijo:

— ¿Qué hubierais hecho vos?

— No lo he pensado todavía; dime tú lo que vas á hacer.

— Voy á castigarla por las humillaciones que me ha hecho sufrir.

— Esas no son más que palabras.

— No, caballero, es una resolución.

— Pero... ¿quizá has dejado arrancarte tu secreto?... Tu dinero?

— Mi secreto es mío, y no dejaré á nadie arrancármelo; el dinero era vuestro, y os lo traigo.

Y Gilberto desabrochó su chupa y sacó los treinta billetes de Banco que contó minuciosamente, y los extendió sobre la mesa de Bálamo.

El conde los recogió y dobló sin dejar de observar á Gilberto, el cual no reveló la menor emoción.

— Es honrado ¡y nada codicioso; tiene espíritu y firmeza; es todo un hombre, pensó Bálamo.

— Ahora, señor conde, dijo Gilberto, tengo que daros cuenta de los dos luises que me habéis dado.

— Nada exageres jamás, contestó Bálamo, pues si es una cosa magnífica devolver cien mil escudos, es una puerilidad entregar cuarenta y ocho libras.

— No quería devolvéros las, sino deciros lo que he

hecho con esos dos luises, á fin de que supieseis oportunamente que necesito otros.

— Eso ya es diferente. ¿Conque pides más?

— Pido.....

— ¿Y para qué?

— Para hacer [una cosa con lo que dijisteis hace poco que no eran más que palabras.

— Corriente; ¿tratas de vengarte?

— Sí, y creo que noblemente.

— No lo dudo, pero de un modo cruel, ¿no es verdad?

— Sí.

— ¿Qué dinero te hace falta?

— Veinte mil libras.

— ¿Y no tocarás á esa joven? dijo Bálamo, creyendo atajar á Gilberto con esta pregunta.

— No la tocaré.

— ¿Y á su hermano?

— Tampoco, ni á su padre.

— ¿No la calumniarás?

— Jamás abriré la boca para pronunciar su nombre.

— Bien, te comprendo, pero lo mismo es matar á una mujer con un puñal que matarla con continuas bravatas... Sin duda quieres desafiarla presentándote á su vista, siguiéndola y abrumándola con sonrisas llenas de insulto y rencor.

— Tan lejos estoy de querer hacer eso que decís, que vengo á pedirlos, para en caso de que se me antoje dejar la Francia, que me facilitéis los medios de pasar el mar sin que me cueste nada.

Bálamo hizo una exclamación.

— Señor Gilberto, dijo con su voz acre á la par que cariñosa, que no contenía sin embargo dolor ni gozo; me parece que no sois consecuente con vuestra ostentación de desinterés. Me pedís veinte mil libras;

¡ pues qué ! ¿ no podéis tomar de esa cantidad mil que os costarán los gastos de embarque ?

— No, caballero, por dos razones.

— Veamos cuáles son.

— La primera es que el día en que me embarque no poseeré un sueldo, pues tenedlo presente, señor conde, lo que pido no es para mí, sino para reparar la falta que he cometido por haberme vos proporcionado la ocasión.

— ¡ Ah ! qué tenaz eres ! dijo Bálamo con la boca crispada.

— Porque tengo razón... Os digo que pido dinero para reparar una falta, y no para vivir ó consolarme : ni un sueldo de esas veinte mil libras entrará en mi bolsillo, pues están destinadas.

— Sí, ya lo veo ; para tu hijo.

— Para mi hijo, sí, señor, replicó Gilberto con cierto orgullo.

— Pero ¿ y tú ?

— Yo soy fuerte, libre é inteligente, y siempre tendré con qué mantenerme ; ¡ yo viviré, porque quiero vivir !

— ¡ Oh ! vivirás ! Jamás da Dios semejante fuerza de voluntad á almas que deban dejar prematuramente la tierra. Dios, así como viste con eficacia las plantas que tienen que arrostrar los largos inviernos, da una coraza de acero á los corazones que tienen que sufrir amargas y duras pruebas. Pero me parece que has dicho tenías dos motivos para no conservar mil libras : en primer lugar por delicadeza.

— Y en segundo por prudencia. El día en que deje la Francia tendré que ocultarme, y esto no lo conseguiré yendo á buscar á un capitán en un puerto y entregándole dinero, pues presumo que esto es lo que se hace en esos casos.

— ¿ Es decir, que supones que yo puedo ayudarte á que te pongas en salvo ?

— Sé que podéis hacerlo.

— ¿ Y quién te lo ha dicho ?

— ¡ Oh ! tenéis á vuestra disposición sobrados medios sobrenaturales, para que no tengáis también todo un arsenal de recursos naturales. Jamás tiene tanta seguridad en sí mismo un hechicero que no cuente con algún buen puerto de salvación.

— Gilberto, dijo Bálamo de pronto extendiendo la mano hacia el joven, eres hombre dotado de un espíritu aventurero y atrevido ; en ti se halla el bien y el mal como en una mujer, y eres estoico y probo sin afectación. Quédate conmigo, y haré que seas hombre grande : te creo capaz de ser agradecido ; quédate aquí, te digo, pues este palacio es un asilo seguro : además, dentro de algunos meses dejo la Europa, y te llevaré conmigo.

Gilberto escuchó con atención y luego dijo :

— Dentro de algunos meses no diría que no ; pero lo que es hoy debo daros las gracias, señor conde : vuestra proposición es brillantísima para un desgraciado, pero no la acepto.

— Mira que la venganza de un momento no vale quizá tanto como un porvenir de cincuenta años.

— Caballero, mi antojo ó mi capricho vale siempre para mí más que todo el universo en el momento que tengo ese antojo ó ese capricho. Por otra parte, además de la venganza tengo que cumplir con un deber.

— Ahí tienes tus veinte mil libras, contestó Bálamo sin titubear.

Gilberto tomó dos billetes de Banco, y mirando á su bienhechor :

— ¡ Hacéis favores como un rey ! dijo.

— ¡ Oh ! algo más, dijo Bálamo, pues ni siquiera

pido que el sujeto á quien favorezco me conserve un recuerdo.

— ¡ Bien, pero yo soy agradecido, como dijisteis hace poco, y cuando haya desempeñado mi tarea, os pagaré estas veinte mil libras !

— ¿ De qué modo ?

— Poniéndome á serviros los años que sean menester á un criado para pagar veinte mil libras á su amo.

— Vuelves á ser ilógico, Gilberto, pues hace un momento dijiste que me pedías veinte mil libras que yo debía darte.

— Es verdad, pero habéis ganado mi corazón.

— Me alegro, dijo Bálamo sin ninguna expresión.

¿ Conque serás mío si yo quiero ?

— Sí.

— ¿ Qué es lo que sabes hacer ?

— Nada ; pero nada se me resiste.

— Es verdad.

— Sin embargo, quiero tener en mi bolsillo el medio de dejar la Francia en dos horas, si es preciso.

— ¡ Ah ! conque ya abandonas mi servicio !

— Ya sabré volver.

— Y yo hallarte. Vamos, acabemos de una vez, porque me fatiga el estar hablando tanto tiempo. Acerea esa mesa.

— Aquí está.

— Dáme los papeles que están en ese cartón sobre el ropero.

— Aquí los tenéis.

Bálamo cogió los papeles y leyó á media voz las siguientes líneas de un papel que contenía tres firmas ó más bien tres cifras extrañas.

« El día 15 de diciembre, en el Havre para Bostón ;
P.-J. el *Adonis*. »

— ¿ Qué te parece de la América, Gilberto ?

— Que no es Francia, y que me será muy grato el ir por mar, en un momento dado, á un país cualquiera como no sea la Francia.

— ¡ Bien !... Hacia el 15 de diciembre, ¿ no es el momento dado de que hablas ?

Gilberto se puso á contar por los dedos reflexionando.

— Exactamente, dijo.

Bálamo cogió una pluma, y se contentó con escribir en una hoja en blanco estas dos líneas :

« Admitid en el *Adonis* á un pasajero.

« JOSÉ BÁLSAMO. »

— Pero este papel es peligroso, dijo Gilberto mirándolo, y al buscar un asilo, muy bien podría suceder que diese con la Bastilla.

— Á fuerza de tener talento pareces tonto, dijo el conde. El *Adonis*, señor Gilberto, es un buque mercante cuyo principal armador soy yo.

— Perdonadme, señor conde, repuso Gilberto inclinandose ; efectivamente soy un miserable que algunas veces pierde el seso, pero jamás dos veces seguidas ; perdonadme, pues, y no dudéis de mi eterna gratitud.

— Idos, amigo mío.

— Adiós, señor conde.

— Hasta la vista, respondió Bálamo volviéndole la espalda.

Última audiencia

En noviembre, es decir, algunos meses después de los acontecimientos que hemos referido, salió Felipe de la casa en que vivía con su hermana, muy temprano para la estación que era, esto es, al rayar el día. Ya estaban despiertos, aunque aun se hallaban encendidos los faroles, los vendedores ambulantes de París; los de los pastelillos calientes que el pobre campesino devora como un regalo al aire penetrante de la mañana; los que vienen con banastas cargadas de legumbres, y con carretas llenas de pescado y ostras, y corren al mercado, notándose en ese movimiento de la muchedumbre afanada una especie de silencio impuesto á los trabajadores por respeto al sueño del rico.

Felipe se apresuró á atravesar el barrio populoso y atestado de gente en que vivía, para llegar á los Campos Elíseos absolutamente desiertos.

Las hojas enmohecidas se agitaban en la copa de los árboles; la mayor parte cubría ya el suelo de las calles de árboles de la Carrera de la Reina, y los juegos de bochas, abandonados en aquella hora, estaban ocultos bajo una espesa alfombra de aquellas hojas crujientes.

El joven estaba vestido, como los de la clase media mejor acomodada de París, con una casaca de anchos faldones, unos calzones y medias de seda; ceñía espada,

y su peinado muy esmerado anunciaba que había debido estar entregado mucho tiempo, antes de amanecer, en manos de un peluquero, recurso supremo de toda hermosura en aquella época.

Así, cuando Felipe percibió que el viento de la mañana empezaba á desarreglar su peinado y dispersar los polvos, pasó una mirada llena de desagrado por la avenida de los Campos Elíseos, por ver si venía alguno de los carruajes de alquiler destinados al servicio de aquel camino.

No tuvo que aguardar largo tiempo, pues asomaba en aquella dirección una carroza muy usada, medio rota, tirada por una yegua flaca, y su cochero, con ojo avizor y mustio, buscaba á lo lejos algún viajero por entre los árboles, como Eneas buscaba uno de sus buques en las olas del mar Tirreno.

Al percibir á Felipe, el automedonte dió tan fuertes latigazos á su yegua, que la carroza se halló al punto al lado del viajero.

— Arreglaos de manera que á las nueve en punto esté en Versalles, y os daré medio escudo, dijo Felipe.

En efecto, á las nueve iba á tener Felipe con la Delfina una de aquellas audiencias matinales que entonces principiaba aquélla á dar. Vigilante, y desembarazándose de las leyes de la etiqueta, la princesa tenía la costumbre de visitar por la mañana los trabajos que mandaba ejecutar en Trianon, y encontrando al paso los pretendientes á quienes había concedido una audiencia, los despachaba rápidamente, con una presencia de ánimo y una afabilidad que no excluían la originalidad, y aun la altanería cuando notaba que se equivocaban acerca de sus actos de delicadeza.

Felipe había resuelto al principio ir á pie, porque se hallaba reducido á la más severa economía; pero el sentimiento del amor propio, ó quizá el del respet

que un militar conserva siempre acerca de la decencia con que debe presentarse á sus superiores, forzó al joven á gastar los ahorros de un día para presentarse en Versalles de una manera decente.

Felipe se propuso volver á pie, de suerte que, como se ve, se había encontrado en la misma escala, aunque partiendo de dos puntos opuestos, el noble Felipe y el plebeyo Gilberto.

Felipe volvió á ver con el corazón oprimido todo aquel Versalles lleno aun de magia, donde tantos sueños dorados y de color de rosa le habían encantado con sus promesas. Volvió á ver con el corazón despedazado á Trianón, recuerdo de desgracia y de afrenta, y á las nueve en punto costeaba, provisto de su papeleta de audiencia, el pequeño parterre inmediato al pabellón.

Percibió á una distancia de cien pasos á la princesa, que estaba hablando con su arquitecto, envuelta en pieles de marta, aunque no hacía frío. La joven Delfina, con su sombrerito como el de las damas de Watteau, se destacaba sobre las filas de verdes árboles, y algunas veces llegaba hasta Felipe el sonido de su voz argentina y vibrante, excitando en él sentimientos que, de ordinario, borran el pesar en un corazón lastimado.

Varias personas, favorecidas lo mismo que Felipe, fuéronse presentando una tras otra á la puerta del pabellón, á cuya antesala iba á buscarlas por turno un ujier. Situadas al paso de la princesa, cada vez que volvía en dirección inversa con Mique, aquellas personas recibían una palabra de María Antonieta, y aun el favor especial de algunas frases dichas en particular.

Luego esperaba la princesa á que se presentase otra visita.

Felipe se quedaba para el último; pero vió que la Delfina dirigía hacia él la vista como si quisiera conocerle: entonces se ruborizaba y procuraba tomar en su sitio la actitud más modesta y paciente.

El ujier fué al fin á preguntarle si no se presentaba también, pues la señora Delfina no debía tardar en retirarse, y entonces á nadie recibía.

Felipe se adelantó, pues, y la Delfina no le perdió de vista durante el tiempo que invirtió en salvar aquella distancia de cien pasos, escogiendo él el momento más favorable para hacer su respetuoso saludo.

Volviéndose la Delfina hacia el ujier:

— ¿Cómo se llama la persona que acaba de saludarme? dijo.

El ujier leyó en la papeleta de audiencia:

— El señor Felipe de Taverney.

— Es verdad, dijo la princesa.

Y fijó en el joven una mirada más detenida y curiosa.

Felipe esperaba medio encorvado.

— Buenos días, señor de Taverney, dijo María Antonieta; ¿cómo está Andrea?

— Bastante mala, señora, contestó el joven; pero agradecerá en gran manera el interés que se digna tomar por ella V. A. R.

La Delfina no respondió: pero había visto que las facciones pálidas y extenuadas de Felipe revelaban mucho sufrimiento, y le costaba trabajo conocer, bajo el modesto traje del paisano, al apuesto oficial que fuera el primero que le sirvió de guía en el territorio francés.

— Señor Mique, dijo acercándose al arquitecto, quedamos convenidos en el adorno de la sala de baile y en que se hará el plantío del bosque que está inme-

diato. Dispensadme que os haya detenido al frío tanto tiempo.

Esto era despedirle; de suerte que Mique hizo una reverencia y se fué.

La Delfina saludó en seguida á todas las personas que esperaban algo apartadas, y estas personas se retiraron inmediatamente. Felipe creyó que también iba á alcanzarle aquel saludo como á los demás, y ya empezaba á afligirse su corazón, cuando la princesa pasó por delante de él diciéndole:

— Dijisteis que vuestra hermana está enferma, ¿no es cierto?

— Si no enferma, señora, se apresuró á contestar Felipe, á lo menos está desmejorada.

— ¡Desmejorada! exclamó la Delfina con interés; ¡y teniendo como tenía tan buena salud!

Felipe se inclinó, y la joven princesa le asestó una de esas miradas investigadoras que un hombre de su alcurnia hubiera dicho era mirada de águila. Luego, después de una pausa:

— Permitidme que ande un poco, dijo, porque el viento que corre es frío.

Y dió algunos pasos, permaneciendo Felipe en su sitio.

— ¡Cómo! ¿no me seguís? dijo María Antonieta volviéndose.

Felipe se puso á su lado en dos brincos.

— ¡Y por qué no me habéis dicho antes el estado en que se hallaba Andrea, por quien me interesaba?

— ¡Ay! dijo Felipe, V. A. acaba de decirlo: es verdad que se interesaba por mi hermana... pero ahora....

— Todavía me intereso, á no dudarlo... Sin embargo, me parece que la señorita de Taverney dejó mi servicio muy prematuramente.

— La necesidad, señora, dijo Felipe en voz baja.

— ¡Cómo! esa palabra es espantosa: ¡la necesidad!... Explicadme eso, señor de Taverney.

Felipe no respondió.

— El doctor Luis, siguió diciendo la Delfina, me contó que los aires de Versalles eran funestos para la salud de esa señorita, y que se restablecería viviendo en la casa paterna... A esto se reduce lo que me han dicho; y en cuanto á vuestra hermana sólo me hizo una visita antes de marcharse: por cierto que estaba pálida y triste; pero debo decir que me manifestó mucho cariño en aquella entrevista, pues derramó abundantes lágrimas.

— Lágrimas sinceras, señora, dijo Felipe, cuyo corazón palpitaba con fuerza; lágrimas que aun no se han agotado.

— Me ha parecido vislumbrar, prosiguió la princesa, que vuestro señor padre había forzado á su hija á venir á la corte, y que sin duda esa niña echaba de menos vuestro país, alguna inclinación....

— Señora, se apresuró á decir Felipe, mi hermana sólo écha de menos á V. A.

— ¡Y padece!... Extraña enfermedad que debía curarse con los aires del país, y lejos de eso la agravan.

— No quiero engañar á V. A. por más tiempo, dijo Felipe, la enfermedad de mi hermana es un profundo pesar que la ha puesto en un estado cercano á la desesperación. Sin embargo, la señorita de Taverney á nadie ama en este mundo sino á V. A. y á mí, pero principia á preferir á Dios sobre todas las cosas, y la audiencia que he tenido la honra de pedirlos, tiene por objeto el solicitar vuestra protección para el logro de su deseo.

La Delfina alzó la cabeza.

— Quiere ser monja, ¿no es verdad?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edic. 1695 MONTERREY, N. L.

— Sí, señora.

— ¿Y lo permitiréis vos queriendo tanto á esa niña?

— Creo que conozco perfectamente su situación, señora, y yo mismo le he dado ese consejo. Sin embargo, amo bastante á mi hermana para que no sea sospechoso mi consejo, y el mundo no lo atribuirá á mi avaricia, puesto que nada tengo que ganar con que Andrea sea monja, porque nada poseemos uno ni otro.

La Delfina, echando á Felipe una mirada, dijo:

— He ahí lo que decía hace poco, cuando no quisisteis comprenderme; ¿no sois rico?

— Vuestra Alteza.....

— No hay que avergonzarse, caballero; se trata de la felicidad de esa pobre joven, y debéis responderme sinceramente, como hombre honrado que sois, estoy segura de ello.

Los ojos brillantes y leales de Felipe se encontraron con los de la princesa sin bajarse.

— Responderé, señora, dijo.

— Pues bien; ¿quiere vuestra hermana dejar el mundo por necesidad? ¿Entonces que hable! ¿Dios mío, qué desgraciados son los príncipes! Dios les ha dado un corazón para compadecerse de los infortunados, pero les ha negado esa suprema penetración que adivina la desgracia bajo el velo de la discreción. Responded francamente, ¿es eso?

— No, señora, dijo Felipe, no es eso; sin embargo, mi hermana desea entrar en el convento de San Dionisio, y sólo poseemos la tercera parte del dote que necesita.

— ¿La dote importa sesenta mil libras! exclamó la princesa. ¿Conque según eso no tenéis más que veinte mil?

— Escasamente, señora; pero sabemos que con una

sola palabra, y sin necesidad de dinero, puede hacer V. A. que admitan una pensionista.

— Efectivamente que puedo.

— He ahí, pues, el único favor que me atreveré á solicitar de V. A., si es que no habéis prometido ya á alguna el interceder con madama Luisa de Francia.

— Coronel, me sorprendéis en extremo, dijo María Antonieta. ¿Cómo! tan cerca de mí, se halla tanta miseria unida á la nobleza! Vamos, coronel, habéis hecho mal en engañarme de ese modo.

— Señora, yo no soy coronel, replicó Felipe con dulzura, no soy más que un adicto servidor de V. A.

— ¿Decís que no sois coronel? ¿y desde cuándo?

— No lo he sido nunca, señora.

— Pues el rey prometió en mi presencia un regimiento para vos.....

— Sí, pero nunca se me expidió el real despacho.

— Pero teníais un grado.....

— Que he abandonado, señora, porque había caído en desgracia.

— ¿Por qué?

— Lo ignoro.

— ¡Oh! exclamó la Delfina con profunda tristeza, ¡lo que es la corte!

Entonces Felipe se sonrió melancólicamente.

— Sois un ángel bajado del cielo, señora, dijo, y siento no estar al servicio de la casa de Francia para tener ocasión de morir por vos.

Los ojos de la Delfina despidieron un brillo tan vivo y ardiente, que Felipe cubrió el rostro con las manos. La princesa no trató siquiera de consolarle ó sacarle del pensamiento que en aquel momento le dominaba.

Muda y respirando con dificultad, deshojaba unas rosas de Bengala arrancadas de su tallo por su mano nerviosa é inquieta.

Felipe volvió en sí, y dijo :

— Tened la bondad de perdonarme, señora.

María Antonieta no contestó á estas palabras.

— Desde mañana si quiere, dijo con febril vivacidad, puede entrar vuestra hermana en San Dionisio, y vos estaréis dentro de un mes á la cabeza de un regimiento.

— Señora, respondió Felipe, ¿queréis tener la bondad de oír mis últimas explicaciones?... Mi hermana acepta el beneficio de V. A. R., pero yo no debo aceptarlo.

— ¿ Que no aceptáis ?

— No, señora... he recibido una afrenta de la corte, y los enemigos que me la han hecho hallarian medio de descargar sobre mí un golpe más fuerte si me vieran en mayor elevación.

— ¡ Cómo ! ¿ y aun protegiéndoos yo ?

— Por eso mismo, señora, dijo Felipe con resolución.

— ¡ Es verdad ! murmuró la princesa poniéndose pálida.

— Y luego, señora; no.. se me olvidaba, se me olvidaba al hablaros que no hay felicidad para mí en la tierra... se me olvidaba que, habiendo vuelto á la oscuridad, no debo salir de ella : en la oscuridad, ¡ el hombre que tiene corazón ora y se acuerda !

Felipe pronunció estas palabras con un tono que hizo estremecer á la princesa.

— Ya llegará el día, dijo ésta, en que tenga derecho para decir lo que en este momento sólo puedo pensar. Caballero, vuestra hermana puede entrar en San Dionisio cuando lo tenga á bien.

— ¡ Gracias, señora, gracias !

— En cuanto á vos... quiero que me pidáis algo.

— Pero, señora...

— ¡ He dicho que lo quiero !

Felipe vió bajarse hacia él la mano cubierta con guante de la princesa, y aquella mano permanecía colgando como si esperara : quizá solo expresaba su voluntad.

El joven se arrodilló, cogió aquella mano, y lentamente, con el corazón lleno de vanidad, palpitando, aplicó á ella sus labios.

— Veamos qué es lo que pedís, dijo la Delfina tan conmovida que no retiró la mano.

Felipe inclinó la cabeza, y una oleada de amargos pensamientos lo sumergió como al náufrago en una tempestad... Permaneció algunos segundos mudo é inmóvil, luego, levantándose descolorido y con los ojos apagados, dijo :

— Un pasaporte para dejar la Francia el día en que mi hermana entre en el convento de San Dionisio.

La Delfina retrocedió como espantada ; luego, viendo todo aquel dolor, que sin duda comprendía y de que quizá participaba, no se le ocurrieron más que estas palabras apenas inteligibles :

— ¡ Está bien !

Y desapareció por una calle de cipreses, que eran los únicos árboles que conservaban intactas sus eternas hojas, adorno de las tumbas.